

espalda de María otro niño mira a Jesús: es Juan niño, que más tarde será el Bautista, al cual, como patrono de la ciudad, se le representa a menudo en el arte florentino. La posición respectiva de ambos niños refleja el testimonio del Bautista en el Evangelio: *“El que vine detrás de mí, ha sido colocado delante de mí”* (Jn 1,15). Pero el verdadero sujeto del relieve se insinúa mediante el brazo de Jesús sobre el libro; Él transmite la idea de una antigua cultura literaria, que ahora se personifica en el Logos hecho Niño. En el Antiguo Testamento se lee: *“El Señor ha desnudado Su santo brazo”* (Is 52,10), y *“Él ha ayudado con Su diestra/ y con Su brazo santo”* (Sal 98,1).

En su obra de mármol, Miguel Ángel muestra como el brazo del Niño se coloca sobre el texto escrito –también esto es una transformación sumaria, visual del pasaje de la Carta a los Hebreos: *“Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; pero en este tiempo final nos ha hablado por medio del Hijo, a quien instituyó heredero de todo y por el que también ha creado el mundo.”* (Heb 1,1-2), y Él mismo es “fiel imagen” (Col 1,15). El acento de la primacía de la Palabra Encarnada sobre la Palabra escrita –por consiguiente, de la imagen sobre el texto– no excluye (eventuales) alusiones a los textos: éstos quedan incluso reforzados porque se concretan.

Tomemos como ejemplo el bloque de piedra sobre el que María en el relieve está sentada: está tallado de forma completamente rectangular y pulido liso, aludiendo a una promesa mesiánica del libro de Isaías: *“He aquí que yo pongo una piedra fundamental en Sión,/ una piedra angular, dura y valiosa, un fundamento que es firme y seguro./ quien cree no necesita refugio”* (Is 28,16). En recuerdo de este Cristo, que simboliza la piedra, el Nuevo Testamento pone de relieve que *“Él fue desechado por los arquitectos”* (1Pe 2,4), y el cuarto Evangelio aclara este rechazo mediante la frase: *“Vino a Su propiedad, pero los suyos no Le recibieron”* (Jn 1,11). La concisión del sillar que sirve de asiento con el pequeño Juan, el futuro profeta del sacrificio de la propia vida por Cristo, es un indicio de la medida de esta no-aceptación. Pero el sillar asimismo tiene un significado positivo como representación de Cristo. La Primera Carta de Pedro asegura a las recientes comunidades cristianas: *“Acercaos a Él, que es la piedra viva, desechada por los seres humanos, pero que ha sido elegida y honrada por Dios. Dejaos vosotros, como piedras vivas, construir en una casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios, por medio de Jesucristo”* (1Pe 2,4-5).

Mediante el nacimiento del Salvador, Dios compensa a sus fieles de la destrucción del antiguo Templo y de la ciudad santa, introduciéndolos en el nuevo Templo, que

tiene su fundamento en Cristo. Este es el sentido de la exhortación de Isaías, que es anunciada por la Iglesia en Navidad: *“Prorrumpid en júbilo, lanzad gritos de júbilo todos juntos,/ ¡vosotros, escoria de Jerusalem! Pues el Señor consuela a Su pueblo,/ Él salva a Jerusalem”* (Is 52,9). Realmente Dios ha hecho mucho más que dar sólo consuelo; Él ha enviado a Su Hijo: A todos *“los que Le recibieron,/ les dio poder para llegar a ser hijos de Dios,/ a todos los que creen en Su nombre, que no han nacido de la sangre/ ni del deseo de la carne/ ni del deseo del hombre,/ sino de Dios”* (Jn 1,12-13).

A todos, los que Le recibieron: El primer ser humano que recibió al Logos y Le confesó a Él, piedra angular, fue María, elemento principal del “templo espiritual”, del cual son piedras vivas los que creen en el nombre de Cristo. Por eso, Miguel Ángel representa a la Madre de Dios ensimismada en sus pensamientos. La cinta que le ciñe la cabeza está adornada con un querubín: ella personifica a la Iglesia, a toda la humanidad que en Cristo es llamada a la filiación divina. En su meditación María reúne la búsqueda espiritual de sentido, de verdad y belleza del ser humano de todas las épocas y lugares. Ella misma busca en su libro abierto; pero en lugar de palabras. Dios le dio Su Palabra como Hijo. Sin embargo el rostro de la joven no está sólo lleno de gracia; también lleva un velo de tristeza, pues con la carne viene la mortalidad y María, que está sentada sobre la piedra destinada al rechazo, inmediatamente delante de Juan, vislumbra que su Hijo un día tendrá que morir. Simeón le ha vaticinado esto mediante la promesa de la espada que le atravesará el alma (cf Lc 2,35).

Timothy Verdon
Kunst im Leben der Kirche
El Arte en la vida de la Iglesia

Profesor Mons. Timothy Verdon es historiador de arte y canónigo de la Catedral de Florencia. Dirige la oficina para la “Catequesis por medio del Arte” en la Archidiócesis de Florencia. Es además Presidente de la Comisión para el Ecumenismo y el Diálogo Inter-religioso de la Archidiócesis de Florencia.



www.vacarparacon-siderar.es